

# TACTICAS EN LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

JUAN ESLAVA GALAN

L— Introducción. II.— La experiencia de las Cruzadas. Armas. III.— Las Navas de Tolosa. Antecedentes. La batalla. Orden de combate cristiano. Orden de combate almohade. La batalla. IV.— Conclusiones.

## INTRODUCCION

Los tratadistas de historia militar suelen caer en la tentación de dramatizar las batallas que analizan. Se trata quizá de una disculpable licencia poética, puesto que una batalla es en sí un suceso dramático que se presta a la elaboración épica para gloria y recuerdo de los contendientes y para satisfacción del orgullo nacional y el chauvinismo del bando vencedor.

El proceso, que tiene que ver con la literatura y con el mito más que con la historia, es casi siempre el mismo: se exagera la fuerza del enemigo que en la primera parte del encuentro lleva, por este motivo, las de ganar hasta que, cuando más desesperada es la situación, el sacrificio, valor y heroísmo de los propios hace que la suerte del combate cambie y se obtenga una señalada victoria.

Este proceso es, a nuestro juicio, observable en la versión de la batalla de las Navas de Tolosa comunmente aceptada por la historiografía al uso. En el presente artículo intentaremos demostrar que las fuentes en las que se han basado los historiadores ofrecieron una visión dramatizada y distorsionada del hecho y que la realidad histórica es algo distinta.

En 1086 los almorávides derrotaron al ejército castellano en Zalaca. Once años más tarde, en el otro extremo del Mediterráneo, los cruzados eran confundidos por sus oponentes turcos en el primer encuentro y escapaban a duras penas de la derrota en Dorilea. En los dos casos la superioridad de los musulmanes radicaba principalmente en el mismo elemento: la adopción de una táctica capaz de contrarrestar el modo de combatir de los ejércitos cristianos.

### *La experiencia de las Cruzadas.*

En la batalla campal los cristianos lo fiaban todo a la carga frontal de caballería pesada, a modo de torneo simultáneo que se multiplicaba por el número de caballeros. El impacto de la caballería era irresistible. Una fuente de la época nos transmite que *un Franco (= cristiano) a caballo podría hacer un agujero en las murallas de Babilonia*<sup>1</sup>. Inutilizadas las lanzas, los caballeros echaban mano de la espada o

1. Anna Comnena, *Alexiad*, trans. Dawes, London, 1928. p. 342.

la maza y continuaban en lid hasta que una de las partes, mas castigada o en inferioridad de condiciones por cualquier otra causa, se daba a la fuga, abandonando el campo, o era reducida. La infantería casi no contaba en las batallas campales y en cualquier caso solía combatir disociada de la caballería que era la que decidía el combate.

La caballería actuaba como un arma pesada y arrojadiza en manos del estratega cristiano. Este apuntaba a un blanco bien definido y lanzaba contra él a su caballería. Cuando el arma salía de su mano ya no tenía poder sobre ella: no podía rectificar la trayectoria ni detenerla. La caballería avanzaba en línea recta y su frente era una ola formidable de lanzas que iba ciega a su blanco porque los encuentros eran siempre frontales y no había necesidad de cuidar flancos o retaguardia. Por eso cuando los almorávides en Zalaca y los turcos en Dorile a apartaron de repente sus blancos de la trayectoria de la caballería y acometieron al enemigo lateralmente el resultado fue la confusión de los cristianos, la paralización de la ofensiva y la pérdida del valor táctico largamente desarrollado de los ejércitos cristianos.

En las postrimerías del siglo XI una nueva táctica desarmaba a la Cristiandad en los dos frentes de su ofensiva contra el islam. En las dos batallas que hemos mencionado los cristianos entran en contacto con una clase de soldados hasta ahora desconocida para ellos: los arqueros turcos. Estos usaban un tipo de arco cuya efectividad superaba al cristiano y además su ritmo de tiro era rapidísimo de modo que podían desencadenar literalmente una lluvia de flechas sobre el enemigo. Además flechaban desde la silla incluso con el caballo a galope. Su terrible eficacia era el resultado de la combinación de dos factores: el armamento ligero y conveniente y la movilidad. Montados en caballos veloces y desprovistos de armadura, podían esquivar fácilmente el ataque de la pesada caballería cristiana y dejar sin efecto sus temibles cargas. La maniobrabilidad de su táctica les permitía multiplicar su acción en el campo de batalla y además simular retiradas y girar rápidamente cuando eran perseguidos para atacar los flancos e incluso la retaguardia del perseguidor. Su movilidad les permitía también hostigar eficazmente al enemigo en marcha para entorpecer el progreso de sus campañas. Por otra parte la suma de estas cualidades permitía a los musulmanes presentar batalla fuera del campo elegido por los cristianos, sobre terreno quebrado y desigual si lo había, a fin de atomizar la lucha en un número de encuentros desconectados entre sí que restaban eficacia a la línea cristiana y la hacían vulnerable a las masas de peones y arqueros musulmanes<sup>2</sup>.

*El tratadista musulmán Ibn Jaldūn resume tales tácticas con estas palabras: no hay más que dos maneras de combatir: el ataque a fondo formando filas y el ataque por cargas y retiradas sucesivas. El primero es usado por todos los pueblos extranjeros; el segundo es el de los árabes y bereberes<sup>3</sup>.*

Ante la provocación de los arqueros y lanceros musulmanes los cristianos lanzaban su carga: una fila compacta de guerreros embutidos en sus pesadas mallas de hierro que avanzaban en línea recta hacia el enemigo. A la distancia precisa recibían una lluvia de flechas y azagayas que hacía más estrago entre los caballos, menos protegidos, que entre los caballeros. Algunos rodaban por el suelo. Un caballero forzado a combatir a pie perdía casi toda su efectividad. Cuando la carga parecía que iba a destrozarse las avanzadas musulmanas, éstas daban la espalda y se dispersaban a galope en todas direcciones. Los cristianos eran incapaces de seguirlos. Tenían que buscar un nuevo blanco profundizando hacia la línea

2. Willermus Tyrensis en RHC, *Hist Occ.*, I, pp. 1122-3.

3. Ibn Jaldun, *Prolegómenos*, edic. Siane, II, pp. 77-80 (según Huici).

siguiente del ejército enemigo. Con ello la carga se prolongaba más de lo calculado y las filas de la caballería cristiana se enturbiaban y desorganizaban. Recibían nuevas lluvias de azagayas y saetas. Los jinetes ligeros que huyeron antes regresaban rápidamente, descargaban sus armas y antes de ser alcanzados se dispersaban de nuevo para agruparse otra vez en lugar seguro y volver a la carga. Este hostigamiento continuo acababa dando sus frutos: se desorganizaban los caballeros y los elementos más ligeros de los musulmanes podían mezclarse entre ellos, deshecha su línea, y combatirlos con las ventajas de su mayor ligereza y, sobre todo, su mayor número.

Volvamos al texto de Ibn Jaldun: *los que combaten por el segundo método*, (árabes y bereberes), acostumbran a formar detrás de su ejército una línea o atrincheramiento de objetos inanimados —piedras, bagajes, etc.— o de animales, —camellos, acémilas—, para tener un sitio en el que su caballería se pueda refugiar en los intervalos de cargas y retiradas y hacer durar así el combate lo bastante para derrotar al enemigo.

En Zalaca parece que el atrincheramiento se reducía a una gran zanja y parapeto de tierra que cortaba el paso hacia la retaguardia y campamento musulmán. En las Navas sería el famoso palenque del Miramamolín formado de estacas. Se trata en suma de una táctica pasiva contra la caballería que es antigua como la humanidad y cuyo uso se prolonga hasta las guerras napoleónicas. La estrategia musulmana era embotar, enturbiar y detener la cabalgada de la caballería cristiana. Para asegurarse de que esto ocurría bastaba con oponer en la retaguardia un obstáculo artificial insuperable. De lo contrario la carga podría atravesar todo el dispositivo musulmán, arrollando a la infantería, para luego, tras reorganizarse en campo abierto, cargar de nuevo con la misma terrible efectividad en un movimiento pendular. El Cid, que guerreaba en tiempo de los almorávides, usaba esta doble carga o “tornada”<sup>4</sup>.

Gracias a su ligereza y armamento arrojadizo los musulmanes podían mantenerse a distancia y dejar al enemigo a merced de su decisión de atacar o dispersarse de acuerdo con el desarrollo general del combate. Podían de este modo dilatar el decisivo cuerpo a cuerpo, suerte suprema de la batalla, hasta que las condiciones creadas en el campo les fueran lo más favorables posible.

Para la caballería cristiana esta táctica era exasperante y minaba gravemente la moral de unos guerreros acostumbrados al enfrentamiento expeditivo y directo. El griterío de los musulimes y el uso por éstos de atronadores timbales en el campo de batalla se uniría a la tensión nerviosa del que está sometido a una continua lluvia de flechas. Estas tácticas de guerra psicológica eran también comunes a los turcos que luchaban en Siria y Asia Menor.

Los cristianos adoptaron muy pronto las contramedidas oportunas. Estas fueron fruto de la nueva experiencia en el campo de batalla que conducía a desarrollos tácticos y, en el caso de los cruzados en Siria, también probablemente a la experiencia de los bizantinos que estaban habituados a luchar contra los pueblos de sus contornos<sup>5</sup>. El ejército debía contar con una protección natural que cubriese su

4. José María Gárate Córdoba, *Espíritu y milicia en la España medieval*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1967, p. 177.

5. Entre los cristianos eran conocidos además del influyente *Epitoma rei mūtatis* de Vegetius, el tratado *Strategicon* de Mauricio (hacia 580) y la *Táctica* de León el Sabio, (hacia 900), (según M. Jähns en *Geschichte der Kriegswissen schäften*, I, Leipzig, 1880. pp. 152-6, y 160-71).

retaguardia y flancos, preferentemente vías de agua o montañas. Además lo más selecto del ejército se destacaba como cuerpo de reserva destinado a deshacer las maniobras envolventes del enemigo sobre las tropas de vanguardia<sup>6</sup>. En cada línea la caballería cristiana formaba sus haces en perfecto orden como de costumbre, pero delante de ella tenía una protección de infantería y arqueros capaces de devolver el fuego a las tropas ligeras enemigas y de evitar que éstas hostigasen directamente a los caballeros. Con ello se ahorraban además caballos aunque fuese a costa del mayor sacrificio de peones, elementos éstos menos valiosos.

Para que la táctica cristiana fuese efectiva necesitaba contar con un objetivo casi inmóvil y compacto sobre el que realizar la carga. Por lo tanto la caballería sólo se lanzaba cuando el enemigo estaba tan comprometido que no podía evitarla sino a costa de daños mayores aún. Para ello era preciso contar con una reserva potente y dejar que en la primera parte del combate sólo interviniese una parte de la cabañería y de la infantería: las destinadas a “fijar” el grueso del ejército enemigo. La estrategia que estas operaciones requerían era bastante primitiva pero a pesar de ello no resultaba fácilmente adaptable a unos ejércitos en los que el entrenamiento de grupo era prácticamente desconocido y la disciplina de combate se resentía bastante porque el caballero, educado en conceptos individualistas de gloria y honor, difícilmente sufría la provocación del enemigo sin responder expeditivamente a ella. Estos problemas se reflejan en los estatutos Templarios que prohíben bajo graves penas el abandono de la formación cerrada aunque sea para ir contra el enemigo<sup>7</sup>. Los cruzados sirios llegaron incluso a castigar con la pérdida de los ojos al que respondiese a la provocación del enemigo en el campo de batalla<sup>8</sup>. La pérdida de la formación era para los cristianos signo de derrota puesto que las rápidas tropas musulmanas explotaban rápidamente esta circunstancia. Un ejército que se presentaba compacto ante el enemigo es elogiado con estas palabras: *no se podría lanzar una manzana sin golpear a un hombre o aun caballo*<sup>9</sup>. La experiencia demostró a lo largo del siglo XII que cuando la acción de caballeros y peones se disociaba o la carga de la reserva no se daba en el momento preciso, las armas cristianas salían indefectiblemente derrotadas<sup>10</sup>.

Mantener la formación compacta en un ejército compuesto por muchos miles de combatientes mal entrenados en instrucción colectiva y moviéndose sobre un terreno a menudo accidentado era poco menos que imposible. Este problema fue resuelto mediante sucesivas subdivisiones de los efectivos en líneas y haces más manejables que, sin embargo, operaban sincronizadamente mediante un rudimentario sistema de signos. El orden de batalla en cuatro grupos de dos escuadrones mixtos de caballería y peones fue normal en todo el siglo XII aunque admitía multitud de variantes de acuerdo con las circunstancias y el criterio del estratega<sup>11</sup>.

Los musulmanes, armados a la ligera, tenían por consiguiente que desordenar la caballería contraria para poder mezclarse entre los jinetes evitando enfrentarse con ellos frontalmente. Pero esto no bastaba. Aún

6. R.C. Smail, *Crusading Warfare (1097-1193)*, Cambridge University Press, 1956,1956. p. 170.

7. *La Régie du Temple*; ed. H. de Curzon, Paris, 1886. Regle n. 243 y 613-15.

8. Galterius Cancellarius, *Bella Antiochena*, ed. Hagenmeyer, Innsbruck, 1896, p. 68: “princeps vero, Christianitatis sacramento et fraterna regis dñectione coniuratus, tarn praeludium quam et belli aditum, erutione oculorum interposita, generaliter omnibus suis abdicat”.

9. Ambroise, *L'E storie de la Guerre Sainte*, ed. G. Paris, Paris, 1897, versos 6161-2: “Issi serré que d'une pome ne ferissiez fors beste ou home”.

10. R.C. Smail, *op. cit.* p. 197.

11. *Ibid.*, p. 113.

perdidas las ventajas de velocidad de la carga y fijación del enemigo, el caballero era por su armamento defensivo y formidable entrenamiento individual, un enemigo imponente. Los musulmanes necesitaban el beneficio del número, la posibilidad de atacar a un caballero y a su caballo desde varios lados a la vez de modo que éste no se pudiese defender adecuadamente y sucumbiera.

Estos y otros desarrollos tácticos musulmanes influenciaron poco a los cristianos. Durante todo el siglo XI los caballeros se limitaron a desarrollar contramedidas capaces de neutralizarlos. Hay sin embargo notables excepciones: la del Cid que dió muestras de notable intuición militar al adoptar una táctica mixta y flexible, superior a todo lo ensayado en su época y aún en épocas posteriores más evolucionadas<sup>12</sup> y, ya en pleno siglo XIII, la de los almogávares<sup>13</sup>.

### *Armas*

Entre los cristianos adquirieron gran importancia las armas defensivas. Durante el siglo XII se generalizó el uso de la cota de malla. Este tejido de hierro de diversas urdimbres llegó a cubrir todo el cuerpo del guerrero dejando tan sólo al descubierto sus ojos y mejillas. El casco, también de hierro, era casi un cono y podía tener una tira que protegía la nariz. La defensa se complementaba con un escudo. El de los caballeros solía ser metálico y triangular alargado. La protección de los caballos pesados se hizo también necesaria por los motivos que hemos expuesto. Normalmente constaba de paños, quizá acolchados, que los cubrían casi por completo. En una miniatura del Beato del siglo XII que se conservaba en el monasterio de las Huelgas y que hoy pertenece a la colección Pierpont Morgan de Nueva York, vemos a los caballeros cristianos cargando contra los musulmanes. El que va delante lleva el pendón, los otros fuertes lanzas y escudos redondos. La infantería, en formación compacta, viste también cotas de malla y lleva escudos triangulares y redondos similares a los de los caballeros. Tienen lanzas y espadas. Los arqueros cristianos, detrás de la infantería van desprovistos de cotas y escudos pero tienen espadas al cinto. Los árabes que se les enfrentan se defienden con pequeños escudos redondos y visten albornoques y calzones. Atacan con lanzas y espadas, más gráciles unas y otras que las de los cristianos. Delante vemos arqueros a caballo. Algunos peones tiran piedras al enemigo.

De la formidable cadencia de fuego de los musulmanes da testimonio un dibujo del beato castellano de 1109 que se conserva en el Museo Británico de Londres. Aquí vemos a la caballería e infantería castellanas sometidas a una verdadera lluvia de saetas.

Un caballero cristiano bien equipado debía tener al menos un caballo ligero, (palafrén), y otro pesado, (de guerra)<sup>14</sup>. Los musulmanes, como hemos visto, solían montar caballos ligeros de excelente raza.

La lanza de los cristianos era más larga y pesada y con el tiempo fue adoptada por sus enemigos. La usaban de distintos modos:

a: Inmóvil, fuertemente cogida debajo del brazo de modo que todo su movimiento fuese el del galope del caballo y su formidable fuerza la de todo el pesado conjunto caballo-caballero hechos un bloque con la

12. Gárate Córdoba, *op. cit.*, especialmente pp. 172-176.

13. José María Moreno Echeverría, *Los almogávares*, Plaza y Janes Ed., Barcelona, 1972. *passim*.

14. Gárate Córdoba, *op. cit.*, p. 172.

lanza misma. De este modo se usaba si el oponente era otro jinete pesado (torneo). Del encontronazo podían ocurrir dos cosas: que se rompiese la lanza contra las defensas del contrario o que penetrase profundamente en el cuerpo del enemigo o de su caballo. De uno u otro modo el arma quedaba inutilizable casi siempre puesto que aún estando íntegra sería muy laborioso volver a desclavarla en medio de los azares del combate.

b: Sujeta en alto para clavarla con un movimiento del brazo hacia adelante si se luchaba contra enemigos ligeramente protegidos como solían ser los musulmanes, de modo que la lanza penetrase no muy profundamente y se pudiese retirar con facilidad tirando de ella. A este efecto algunas lanzas tanto cristianas como musulmanas tenían un tope detrás de la hoja.

c: Como jabalina, lanzándola contra el enemigo próximo. Este uso era más propio de los musulmanes quienes a renglón seguido acometían con sus magníficas espadas<sup>15</sup>.

La espada se podía usar de dos modos: para tajar, a modo de sable, o para estoquear. En el combate a caballo era frecuente que los caballeros blandieran las suyas como si fuesen puñales, es decir, tomando el mango de modo que el dedo meñique quedase más cerca de la cruz de la empuñadura. Se explica porque las defensas que resguardaban el cuerpo del enemigo, aunque sólo se tratase de un simple albornoz acolchado, eran capaces de amortiguar el tajo pero no así la estocada y también porque de este modo se podía aprovechar el propio ímpetu de la cabalgada como en el uso *a* de la lanza, aunque combinándolo con cierto movimiento hacia adelante al dar la herida.

En la península ibérica se usó además la maza, arma contundente y de simple efectividad aunque su manejo requería mucho entrenamiento y excelentes cualidades físicas. Menos empleada fue el hacha de combate que era popular en otras regiones de Europa.

En el campo de batalla de las Navas se encuentran muchos restos de armas musulmanas. Los hierros de lanzas tienen unos 15 centímetros de largo por tres o cuatro de ancho. Los de las azagayas miden unos 10 centímetros de largo y los de flecha unos 5'50. Azagayas y flechas son de cuatro aristas, a modo de pirámide alargada, bien diseñadas para horadar cotas de malla y otras defensas. Con todo raramente infligían heridas mortales y, con un poco de suerte, era frecuente que el caballero siquiera combatiendo después de recibir varios impactos de fecha. Más grave era, como decíamos más arriba, la pérdida de los preciosos caballos que no podían ir tan bien cubiertos como sus dueños.

La flecha cristiana de las Navas se diferencia de la musulmana en que es plana, de dos aletas. Esta tiene el mango hueco mientras que la almohade se une al asta por medio de un espigón<sup>16</sup>.

*Las Navas de*

*Tolosa*

*Antecedentes.*

En 1195 Alfonso VIII fue derrotado por los almohades en Alarcos. Poco después concertó una tregua de

15. R.C. Smail, *op. cit.*, p. 109.

16. Ambrosio Huici Miranda, *Grandes batallas de la Reconquista*, Tetuán, 1956, p. 301.

derrota. En 1209, considerándose suficientemente preparado, quebrantó las treguas y reanudó las hostilidades con los musulmanes dirigiendo una expedición por tierras de Jaén. Al año siguiente pobló el lugar de Moya. Estas violaciones de los acuerdos fueron la señal para que los almohades también se prepararan activamente para la guerra.

A la vista de estos datos es evidente que Alfonso VIII provocó deliberadamente al emperador almohade y que suya fue la iniciativa de este nuevo enfrentamiento. El rey de Castilla, que llevaba gran parte de su vida guerreando y varios lustros afrentado por la humillación de Alarcos, debió juzgar que sus fuerzas eran suficientes para enfrentarse con éxito a los musulmanes. En su favor gravita además una ley histórica: los derrotados son siempre los que mejor se preparan para una nueva guerra aunque esto no implica, necesariamente, que la ganen.

El nuevo Miramamolín almohade, al-Nasir, joven de treinta años de edad cuyas virtudes políticas y militares no estaban a la altura de las de su padre, el vencedor de Alarcos, convocó a su ejército y abandonó Marrakus en febrero de 1211. La nueva Guerra Santa pudo despertar entusiasmos en las masas pero atrajo críticas de personajes que conocían bien la coyuntura del momento como Abd al-Wahid ben Abi Hafs, señor de Ifriqiya, que desaconsejó la expedición<sup>17</sup>. Esta progresó penosamente a causa de los rigores de la estación y de la deficiente organización. Antes de cruzar el estrecho al-Nasir decretó la muerte de algunos jefes almohades, medida extrema que le enajenó la voluntad de otros<sup>18</sup>.

Al desembarco de los almohades en mayo de 1211 contesta Alfonso VIII con una nueva provocación: su expedición guerrera a Levante. El rey de Castilla se comporta como si estuviese seguro de que los almohades no se atreverían a profundizar hasta tierras de Castilla. No es probable que los efectivos que desembarcaron fuesen suficientes y, por otra parte, al-Nasir tendría bastante trabajo con aprovisionar y organizar su ejército y completarlo con los contingentes de al-Andalus. Todo ello llevaba tiempo. Cada bando estaba barbante bien informado sobre los efectivos y movimientos del contrario.

En esta época era costumbre preparar la guerra en invierno y hacerla en verano. Hubiese sido una abierta confesión de debilidad por parte de los almohades permanecer inactivos durante el verano de 1211, estando ya en la península, mientras que sus enemigos no daban tregua a las fronteras de al-Andalus. Por tanto al-Nasir se dispuso a emprender su campaña. Escogió una presa fácil: la fortaleza de Salvatierra que estaba prácticamente aislada de Castilla *a más de una jornada de la frontera, en pleno país enemigo y sin esperanzas de inmediatos socorros*. El castillo resistió dos meses de asedio y se entregó por capitulación, lo que no dice muy alto de la previsión y cualidades militares del ejército sitiador, máxime cuando sabemos que éste empleó hasta cuarenta máquinas de guerra en el sitio de la fortaleza. De todas formas debemos tener en cuenta que los almohades nunca destacaron en el asedio de plazas enemigas. Tomada Salvatierra al-Nasir interrumpió su campaña y regresó a Sevilla<sup>19</sup>. Allí procuró acrecentar su ejército con todos los elementos que pudo reunir porque conocía los grandes preparativos de Alfonso VIII.

17. *Ibid.*, p. 23L

18. *Ibid.*, p. 232.

19. *Ibid.*, p. 237; véase también Manuel Corchado Soriano, "El castillo de Salvatierra" en Revista *Castillos de España*, núm. 81, (1976), pp. 9-12.

Todo parece indicar que el número o la calidad de posibles combatientes en el ejército almohade distaba de ser el deseado por sus dirigentes. Estos sabían que su táctica se basaba en la superioridad numérica sobre el ejército cristiano, pero estaban lejos de contar con la proporción necesaria.

Otro problema sería el de la moral de los alistados. En el ejército de al-Nasir no reinaba el optimismo. El vivo recuerdo de su padre, que era muy generoso con las tropas, contrastaba con la realidad de este príncipe menos experto, reservado y avaro. El *Marrakusi* lo acusa incluso de haber suspendido por completo las pagas durante la expedición» Si ésto es cierto, la situación del ejército expedicionario almohade debió ser en verdad grave. De todos modos existen circunstancias objetivas que justifican que la moral de los guerreros de al-Nasir fuera baja en las Navas. Ya dijimos antes que en la época las campañas eran temporeras y sólo se luchaba en verano» Pero el ejército que al-Nasir trajo de Africa llevaba diecisiete meses en campaña cuando se enfrentó al cristiano, con todas las incomodidades, nostalgias y desgaste que eÉo supone. En todo este tiempo sólo había conseguido la magra hacienda del castillo de Salvatierra.

Una torpeza adicional pudo enajenar las voluntades de los jefes andaluces que militaban en la expedición: la ejecución del famoso capitán de la frontera Ibn Qadis, andaluz defensor de Calatrava, decretada por el Miramamolín en vísperas de la batalla y el desprecio con que, según otros, trataba a los notables de al-Andalus.

Los historiadores cristianos contemporáneos a las Navas nos transmiten cifras exageradas de participantes por uno y otro bando, especialmente por el musulmán como es lógico. Las fuentes musulmanas, todas ellas tardías, se muestran todavía más generosas con las cifras. La tradición historiográfica ha aceptado estos datos sin demasiado examen de modo que un autor moderno llega a admitir que en las Navas de Tolosa intervino ¡un millón de combatientes!

Examinemos los hechos. Cuando Alfonso VIII tomó la iniciativa de provocar a los almohades y decidirlos a la guerra sólo estaba seguro de contar como mucho con el apoyo de Pedro II de Aragón. Necesariamente hizo sus cálculos sobre los efectivos que su ejército y el aragonés podían sumar en campaña. Luego, buen político, buscaría con ahínco el apoyo de otros contingentes peninsulares y extrapenínsulares convenciendo al Papa para que declarase Cruzada la expedición. Es posible incluso que Alfonso VIII estuviese más interesado en asegurarse la neutralidad, so pena de excomunión, de sus enemigos León y Navarra que en aumentar sus fuerzas con voluntarios cruzados. Lo que es evidente es que con los datos contradictorios que han llegado hasta nosotros no hay manera de construir un cálculo medianamente fiable sobre el número de combatientes de las Navas. Es evidente que los musulmanes superaban a los cristianos pero a pesar de ello su número debió ser insuficiente para permitirles desarrollar su táctica. Huici, tras examinar atentamente las cifras que dan las fuentes, llega a la conclusión de que *el ejército almohade, aunque muy superior en número, no debía ser ni el doble que el cristiano*<sup>20</sup>.

A este handicap hay que sumar el de su armamento ligero que sorprendió al Narbonense, (*los musulmanes apenas tenían armas y caballos*)<sup>21</sup>, que contrastaría profundamente con el derroche de medios de los Cruzados de los que el mismo Narbonense afirma que estaban *espléndidamente pertrechados* y la “Crónica Latina” que *nunca tantas y tales armas de hierro se habían visto en España*<sup>22</sup>

20. Huici, *op. cit.* p. 27 L

21. *Ibid.*, p. 305.

22. *Ibid.*, p. 322.



La inquebrantable confianza en la victoria del rey castellano contrasta con la torpeza y timidez con que al-Nasir parece comportarse en todo momento. Los cristianos son los que llevan la iniciativa, los que bajan a enfrentarse con sus enemigos después de penetrar profundamente en el territorio de éstos tomando villas y castillos. La retirada de las fuerzas ultramontanas, que mermaba decisivamente, según casi todos los autores cristianos, al ejército cruzado, no parece afectar a Alfonso VIII. Prosigue la campaña sin perder su precisión y claridad de miras.

La praxis militar de la época exigía que la dominación del territorio se basara en la posesión de castillos y ciudades muradas. La más alta meta a que un ejército podía aspirar consistía en la dominación de estos lugares fuertes cuyo correlato era la posesión de los recursos económicos de la zona que dependía de ellos. Frente a esta consideración el éxito en el combate era de importancia secundaria, entre otras cosas porque el combate era siempre demasiado costoso y la parca hacienda del vencedor lo sufría mal. Una batalla victoriosa posibilitaba, eso sí, al ejército vencedor para cobrarse una buena cosecha de lugares y fortalezas siempre que supiese explotar su éxito convenientemente<sup>23</sup>. Alfonso VIII actúa consecuentemente. Con notable decisión baja hacia Sierra Morena tomando, con pasmosa facilidad, un rosario de fortalezas y lugares almohades. En ocasiones el éxito del ejército cruzado nos parece incluso sospechosamente fácil. No podemos dejar de pensar que la importante fortaleza de Calatrava, espléndidamente avituallada y dirigida, capituló demasiado pronto. Es posible que exista alguna explicación lógica del hecho y que las fuentes no nos la hayan transmitido.

Sea como fuere, y salvo por el detalle de lagunas deficiencias en la intendencia cristiana, que se subsanarían después de la caída de Calatrava, lo cierto es que el ejército cruzado llegó al campo de batalla dueño de una excelente moral de combate. No puede decirse lo mismo, sino más bien todo lo contrario, del ejército almohade.

Al margen de las consideraciones psicológicas el bando almohade se nos presenta a la defensiva: dejan que el enemigo penetre profundamente en su territorio y plantean la batalla apoyándose, otro mandamiento estratégico vital para la época, en una línea militar de contención<sup>24</sup>: la formada por el grupo de castillos andaluces que enfilan Sierra Morena y que se sostienen en la base de Ubeda-Baeza.

### *La Batalla*

Cuando los ejércitos se avistaron en las Navas hacía ya mucho tiempo que sus estrategias tenían decidido el plan de batalla y posiblemente los retoques de última hora, si los hubo, serían mínimos. Las limitaciones del aparato militar de la época así lo imponían. Antes de la batalla el estratega podía elaborar un plan con arreglo al cual ordenar sus tropas, pero en cuanto empezaba el combate difícilmente podía modificarlo.

Alfonso VIII tenía su plan a punto días antes del encuentro. El alarde que hicieron los cruzados frente a Salvatierra, antes de subir al Muradal, fue un ensayo general en el que se comprobaron las armas y el orden de combate<sup>25</sup>. El arzobispo Don Rodrigo confirma que éste había sido discutido por el consejo de guerra previamente<sup>26</sup>. De este consejo formarían parte los reyes, los maestros de órdenes y otros caballeros peritos en arte militar presentes en la expedición.

23. R.C. Smail, *op. cit.*, p. 138.

24. *Ibid*, p. 126.

25. Húici, *op. cit.*, p. 322. 26. Lib. VIII, cap. IX.

26. Lib. VIII, cap. IX.

Observando la disposición de la batalla salta a la vista que Alfonso VIII había aprendido de pasados errores y que ahora su táctica se había actualizado con la superior experiencia del otro gran escenario bélico de su tiempo: las posiciones cristianas en Tierra Santa. El consejo de los veteranos pesaba decididamente en esta expedición. Florián de Ocampo atribuye a otro entendido ultramontano, el anciano caballero Dalmáu de Crexel, el ordenamiento de las haces cristianas.

Es interesante señalar la decidida participación de las Órdenes Militares en la cruzada de las Navas y especialmente la de los Templarios y Hospitalarios. Estos tenían una experiencia directa de las luchas contra los musulmanes en Siria-Palestina mantenidas por individuos de sus órdenes en la segunda mitad del siglo XII. Había en las órdenes militares estrategias de gran experiencia. Delpelch atribuye al magisterio de éstos en Occidente una decidida influencia sobre las tácticas al uso en la Europa feudal<sup>27</sup>.

Huici, que no es demasiado explícito en el estudio táctico de la batalla, escribe: *Notó Alfonso VIII que la caballería árabe y las tropas ligeras de al-Nasir podían hacer gran daño en las alas extremas de su hueste formadas por la infantería de los concejos, muy inferiores en solidez y disciplina a los núcleos de freires e hidalgos y para evitar que los bruscos ataques y retiradas del enemigo los desorganizaran, entreveró con las milicias de las ciudades los contingentes de las Ordenes Militares y sus caballeros; medida acertadísima que, dando mayor firmeza y estabilidad a todo el ejército, contribuyó poderosamente a la victoria*<sup>28</sup>. En esta enunciación aparece la acertada disposición de Alfonso VIII como una medida de última hora que el sagaz rey adoptó al contemplar cómo procedían los almohades en las escaramuzas de los días anteriores a la batalla. En realidad el plan venía, como hemos, visto, de muy atrás y era el resultado de anteriores experiencias de los cruzados y de la propia y desdichada prueba de Alfonso VIII en Alarcos, donde separó la caballería de la infantería de modo que ninguna parte pudo auxiliar y complementar a la otra. La cuestión no estaba en la mayor o menor calidad de las tropas según sus orígenes profesionales o no, sino más bien en que las distintas funciones que les eran propias se adaptasen a las necesidades que la batalla iba a plantear.

#### *Orden de combate cristiano*

El ejército cristiano se ordenó dividido en tres cuerpos. Estos a su vez constaban de tres líneas cada uno: vanguardia, centro y reserva. La vanguardia del cuerpo central estaba mandada por Don Diego López de Haro. En el cuerpo central militaban los caballeros de las órdenes militares, (Templarios, Hospitalarios, Uclés, Calatrava), y un núcleo de hidalgos y nobles castellanos. La reserva del cuerpo central estaba mandada por el propio Alfonso VIII. En el cuerpo de la derecha Sancho de Navarra mandaba la reserva y en el de la izquierda Pedro II de Aragón. Estos dos cuerpos habían sido reforzados con el peonaje de varios concejos castellanos. Tenían además unas defensas colaterales atentas a contestar las provocaciones de los elementos ligeros musulmanes. Es de lamentar que no tengamos datos más precisos sobre la ubicación de algunos elementos del ejército cristiano, por ejemplo esos ballesteros de a pie y de a caballo que el arzobispo don Rodrigo menciona en su crónica.

27. H. Delpelch, *La tactique au XIIIeme siècle*, 2 vols., París, 1886, II, pp. 224 y ss. y R.C. Smafl, *op. cit.*, *op. cit.*, p. 116.

28. Huici, *op. cit.*, 324.

A los estudiosos de las Cruzadas el orden de batalla del ejército cristiano en las Navas les resultaría familiar. Fue básicamente el mismo que usaron los cristianos en la de Ascalón, en 1099, y que luego se repitió en múltiples ocasiones. Balduino II hizo memorable uso de él en 1119<sup>29</sup>.

Llegados al pie de Sierra Morena los cruzados destacaron a un cuerpo de tropas de choque, los adalides, para que explorasen y ocupasen las alturas del Muradal, por dónde el ejército tendría que pasar. Cuando éstos llegaron a la alta meseta sostuvieron una escaramuza con un destacamento almohade que los atacó por sorpresa y se retiró rápidamente. Fue el primer contacto con el ejército de al-Nasir y su táctica. Ascende el resto del ejército y se establece en la meseta, no lejos del castillo de Ferrai que es desocupado por su escasa guarnición ante la proximidad del real cristiano.

Las alturas del peligroso desfiladero de la Losa, por dónde habían forzosamente de pasar los cristianos si seguían esa ruta, estaban ocupadas por los musulmanes. La coyuntura era realmente difícil para los expedicionarios puesto que intentar forzar el paso equivaldría a un verdadero suicidio. En estas circunstancias ocurre otro hecho tan extraño como la caída de Calatrava: un pastor, que luego desaparece, indica a los cristianos una vía alternativa que, sin dificultad ni peligro, los llevará a donde está el ejército almohade. Tentado está uno de admitir como explicación más lógica la tradicional de que el pastor fuera ángel del cielo o San Isidro Labrador en persona y que la providencia anduviese en todo el asunto. Resulta difícil creer que una expedición de esta importancia, tan minuciosamente preparada en todos sus detalles estuviese a punto de fracasar por la imprevisión de un paso pésimamente escogido, cuando los más remotos senderos de la sierra debían de ser sobradamente conocidos por almogávares cristianos y otras gentes de frontera cuyo asesoramiento pudo haber buscado Alfonso VIII al tiempo de emprender su aventura.

Los cristianos siguen el nuevo itinerario y van a dar sin problemas a una alta meseta de fácil defensa que es la actual Mesa del Rey. Allí acampan no sin sufrir nuevos hostigamientos por parte de los cuerpos ligeros almohades.

Cuando, ya salvado el Puerto del Rey, los cruzados salen a terreno más fácil y marchan a ocupar la Mesa del Rey se produce uno de los pocos si no el único caso de combate sobre la marcha de que tenemos noticia en la península. Esta modalidad de enfrentamiento era típica de Siria-Palestina. El arzobispo don Rodrigo escribe: *enbiaron compañías de caballeros que no nos dejasen poner el Real Canos por la angostura del camino íbamos en ala e llevábamos las heces de luengo (- en fila). E los nuestros pelearon con ellos reciamente e echáronlos de si.*

*Nótese que aunque los cronistas e historiadores posteriores aseveren que los cristianos “rechazaban” los ataques, éstos no pasarían de ser las típicas escaramuzas y hostigamientos que caracterizaban el modo de guerrear de los musulimes. Las palabras del Narbonense son reveladoras: (la víspera de la batalla) los flecheros con algunas tropas de línea, llegaron, como el día anterior, con gran estruendo de voces e instrumentos hasta casi las primeras tiendas cristianas y la caballería árabe trabó torneos y combates singulares con los caballeros cristianos; pero no acometiéndolos lanza en ristre y esperando en firme el ataque del contrario sino avanzando rápidos y desordenados para volver grupas después de arrojar sus lanzas y cuadrillos sobre el adversario que se les ponía a tiro<sup>30</sup>.*

29. *Die Gefechtsführung abendländischer Heere im Orient in der Epoche des ersten Kreuzzugs, Marburg, 1880. pp. 50-1.*

30. *Crònica del Narbonense, según traducción de Huici, op. cit., p. 252.*

Esta sería la técnica de los hostigamientos hasta el momento del encuentro.

La última posición de los cristianos, la Mesa del Rey donde acamparon, distaba tan sólo unos kilómetros, de terreno sin obstáculos importantes, del campamento musulmán (actual Acampamiento). Después de haber superado las fraguras de la sierra hombres y caballos estaban cansados en la parte cristiana. Los almohades, que llevaban días de espera, vieron la ocasión propicia para combatir con ventaja y enviaron las consabidas huestes de flecheros a hostigar las posiciones cristianas mientras que el ejército musulmán formaba en orden de combate. El móvil de al-Nasir era seguramente provocar el encuentro aquel mismo día. Pero los cristianos decidieron descansar durante otras dos jornadas. Si el ejército almohade hubiese sido tan numeroso y seguro de su triunfo como nos lo pintan ahora, habría atacado a los cruzados en el mismo momento en que se intentaban establecer en la Mesa del Rey, aprovechando que estaban cansados. Pero ésto no podía entrar en los cálculos de al-Nasir porque su táctica, la típica de cualquier ejército que se mantiene a la defensiva, era esperar el ataque cristiano bien atrincherado, (en este caso en el cerro de los Olivares), y hacer que la lucha se plantease en aquel terreno menos apto para las evoluciones de la caballería enemiga.

En los días en que los ejércitos estuvieron frente a frente la obsesión de los almohades era provocar el encuentro. Por ello, dice la *Crónica Latina, los moros engreídos de soberbia avanzaban de frente por todas partes llegando hasta las tiendas de los cristianos*<sup>31</sup>. El arzobispo don Rodrigo nos ofrece otros reveladores detalles de la táctica almohade: los moros siempre acometían la parte postrimera de las huestes a manera de torneo según su costumbre. Es posible que sospechasen que Alfonso VIII demoraba el encuentro porque estaba esperando nuevas tropas de Castilla, lo cual es cierto puesto que algunos contingentes de ultramontanos llegarían tarde a la expedición.

#### *Orden de combate almohade.*

No se conoce en detalle la disposición del ejército musulmán. Parece que las cábilas almohades, sus mejores guerreros, formaban un cuerpo central dispuesto en la ladera del cerro de los Olivares, delante del famoso palenque del Miramamolín que ocupaba la cumbre del mencionado cerro. A ambos lados de este cuerpo central y adelantados estaban los elementos ligeros de muy distintas procedencias, entre ellos los andaluces, que constituían la masa del ejército musulmán. Delante de este dispositivo y sin ocupar ningún lugar determinado, puesto que su característica era la movilidad, había bandas de caballería ligera, entre ellas, probablemente la de los temibles arqueros turcos de la tribu de Agzaz, establecida desde hacía años en el imperio almohade, que según el *Rawd al-qirtas* eran unos diez mil. Esta cifra parece exagerada.

El palenque era una amplia fortificación de campaña destinada a cortar la penetración de la caballería cristiana, deteniéndola en el campo para hacerla vulnerable a la masa almohade y también a servir de refugio para elementos musulmanes. Parece que en las Navas se componía de una estacada reforzada con cadenas y probablemente precedida de una cava o foso pequeño. La empalizada estaba defendida por dos filas de voluntarios atados unos a otros por los muslos para que, llegado el caso, murieran

31. *Crónica Latina*, trad, de Huici, *op. cit.*, p. 323.

defendiendo el campo. Estos estarían armados principalmente de picas. Dentro del palenque habría más defensores, principalmente arqueros y honderos. En conjunto debía ser una defensa verdaderamente formidable y desde luego la única esperanza de detener una carga de cabañería pesada que atravesase el resto del dispositivo almohade. Esta es la descripción que *Las Partidas* dan de este tipo de defensa: *corral o cerca,, e esto fazian de ornes de pie que los parauan en tres haces: unos en pos de otros e atauanlos a los pies, porque non se pudiessen yr e fazianles tener los cuentos de las lanzas fincados en tierra e las cuchillas enderezadas contra los enemigos e ponían cabe ellos piedras e dardos e ballestas e arcos con que pudiesen tirar*<sup>32</sup>.

La defensa estática, aunque propia de musulmanes, no era desconocida entre los cristianos. Ricardo de Inglaterra decidió con ella una batalla comprometida en Jaffa en 1192<sup>33</sup>.

### *La batalla.*

La iniciativa del combate corrió siempre a cargo de los cristianos. Este se abrió con una carga de la primera línea capitaneada por Don Diego López de Haro. Los cruzados descendieron por la ladera de la Mesa del Rey y hubieron de salvar el barranco de los Quiñones de Miranda y otros accidentes menos importantes antes de chocar con las avanzadas del ejército enemigo. Estas se deshicieron y pusieron en desordenada fuga pero *no dejaron ni un muerto en el campo*. Es evidente que descargaron sus armas arrojadas en la avalancha de cruzados que se les venía encima y luego hurtaron el blanco a sus enemigos dispersándose por el campo. Los cristianos, encontrando despejado el camino, prosiguieron su cabalgada y hubieron de cruzar un breve llano y de subir la cuesta de las Cañadillas del Calvario. Tras este fatigoso ejercicio fueron a dar contra una segunda línea almohade, si es que de línea podemos calificar a la masa de peones de las más variadas procedencias que los esperaba ocupando una serie de suaves colinas. Aquí se produjo el primer encuentro digno de tal nombre. Los caballeros hicieron, dicen las crónicas, una gran carnicería. Posiblemente sea verdad porque las tropas que los esperaban, árabes, bereberes, andaluces, etc., no eran las mejores de que disponía al-Nasir. Es más probable que estuviesen destinadas sólo a frenar y desorganizar las embestidas cristianas antes de que alcanzasen a los almohades propiamente dichos. La carga cristiana continuó progresando por el campo musulmán y, después de atravesar la Cañada de las Lagunillas, chocó con los almohades en el fondo del llano de las Américas. Para entonces la fila estaría casi completamente desorganizada, habría perdido efectivos y fuerza y además había rebasado contingentes enemigos importantes que ahora se cerraban sobre sus flancos y retaguardia. La segunda línea cristiana acudía a reforzarla. Los almohades, estratégicamente dispuestos en la pendiente del cerro de los Olivares contraatacaron a unos cruzados cansados, desorganizados, envueltos por el enemigo y que además combatían en posición desventajosa, envueltos por el enemigo y que además combatían en posición desventajosa subiendo una rampa pronunciada de agrio terreno. Con la segunda línea cristiana debió repetirse la operación. No es extraño que la crónica de Alberico hable de graves pérdidas cristianas en la primera parte de la batalla e incluso de que ésta estuvo perdida al principio. Los musulmanes le sacaban un excelente provecho a su táctica. Dice don Rodrigo: a diestro e siniestro estaban tantos de alarabes que no había cuento e eran muy ligeros, e muy atrevidos, e fazian gran daño en los que no los avian usado, que cuando ome cuidaba que fuian, entonces tomaban, e

32. *Partidas*, II, tit. XXIII, ley VI.

33. R.C. Smañ, *op. cit.*, p. 189.

*cuando cuidaban que eran vencidos, entonces se esforzaban: e cuando hallaban anchura e llano, entonces mataban. Estos andaban de una parte a otra e no tenían haz ninguno porque hiziesen revolver nuestras hazes e derramar.*

Si la táctica de los moros andaluces que asistieron al combate no varió mucho de la de los que describe Don Juan Manuel en el *Libro de los Estados* se podría creer de ellos que *van sin adaragas et sus armas son azagayas que lanzan y espadas con que fieren con gran ligereza.*

*Las dos primeras líneas cristianas, defendiéndose en pleno centro del cuerpo almohade, estarían en grave aprieto. Los árabes y bereberes armados a la ligera, atacaban fuera de orden de lid, corriendo con gran ligereza ante las pesadas huestes cristianas para atraerlas a las angosturas y revolverse de súbito contra ellas o para enturbiarlas y desordenarlas, dando así ocasión a los almohades formados detrás en buen orden para romper al enemigo*<sup>34</sup>.

Las fuentes cristianas y la subsiguiente historiografía posterior se complacen en describirnos la situación de los cruzados con las tintas mas oscuras. Alfonso VIII dicen, creyéndolo todo perdido, quiso buscar la muerte en el combate incapaz de sufrir otra vez el deshonor de la derrota, pero el animoso arzobispo de Toledo se lo impidió y le infundió alguna esperanza y confianza en que todavía podía enmendarse la batalla. Como decíamos al principio el patetismo de esta situación profundamente dramática ha falseado la verdad histórica reconstruible con los otros datos. Hasta el momento que hemos descrito la batalla discurría de acuerdo con los planes preconcebidos por los estrategas de uno y otro bando. Los cristianos se guardaban todavía la suerte de una fortísima reserva completamente intacta; los almohades la defensa pasiva de su palenque capaz de detener las cargas del contrario.

Cuando las fuerzas en liza estaban lo suficientemente trabadas y fijas sobre el terreno, Alfonso VIII jugó la baza ya familiar en Siria de su poderosa reserva. Incluso parece que intentó lanzar la carga demasiado pronto y algún miembro de su estado mayor, Fernán García o el propio arzobispo de Toledo, lo convenció para que aguardase a que la situación madurase un poco más.

Llegado el momento los tres reyes al frente de sus respectivas haces se aproximarían al núcleo del combate primero al paso para mantener el orden y no fatigar prematuramente a las cabalgaduras; luego, a prudente distancia, cerrarían filas y espolearían furiosamente para ganar la máxima velocidad. La carga atravesó el amplio llano de las Américas donde se combatía enconadamente y perdió algo de fuerza en la vertiente del cerro de los Olivares, pero debió alcanzar la empalizada del palenque básicamente intacta. La fortificación del Miramamolín tuvo que ser asaltada simultáneamente por varios lugares a juzgar por la cantidad de caballeros que luego incorporarían a sus escudos las simbólicas cadenas o estacas. De su solidez dependía quizá la última esperanza de al-Nasir que, como hemos visto, no contó, o no supo contar, en esta ocasión con los elementos necesarios para asegurarse la victoria. En un encuentro bien planeado por uno y otro bando era inevitable que se impusiera aquel cuya fuerza relativa era mayor, en este caso el rey de Castilla. A al-Nasir le faltó contar con un mayor número de combatientes y también descuidó algo tan esencial como la moral de sus tropas. Es posible que un poco más de imaginación a la hora de plantear la batalla hubiese mitigado algo su derrota. Por lo demás, haciendo nuestra la valoración de Huici, podemos decir que *la táctica cristiana era más sólida que la almohade, sus armas más eficaces,*

34. Huici, *op. cit.*, p. 297.

*sobre todo las defensivas, y el valor de sus freires y nobles muy superior al de las mejores tropas enemigas*<sup>05</sup>.

Asaltado el palenque y penetradas todas las defensas almohades, los musulmanes abandonaron el combate y se dieron a la fuga. El alcance fue, por circunstancias del relieve de la zona, más sangriento aún para el bando musulmán que la batalla propiamente dicha.

Todo el dispositivo almohade que defendía la frontera se vino abajo y cundió el pánico. En los días siguientes los cristianos progresaron hacia el Sur conquistando castillos y lugares y destruyeron las populosas Baeza y Ubeda aniquilando sus recursos humanos. Alfonso VIII explotó con ello suficientemente su victoria. No es probable que su ejército, mermado y castigado por la batalla y el continuado esfuerzo, hubiese podido proseguir indefinidamente su victoriosa entrada por tierras andaluzas y, de haberlo hecho, es dudoso que las conquistas resultantes hubiesen sido definitivas. Alfonso VIII, condecorador de su oficio, se dio por bien pagado y vengado después de lo de Ubeda y regresó triunfalmente a Toledo.

#### *Conclusiones.*

1) La visión tradicional que los historiadores transmiten de la batalla de las Navas de Tolosa es ahistórica por estar considerablemente dramatizada.

2) Las condiciones objetivas que concurren por uno y otro bando en la batalla daban la victoria a los cristianos. Estas podrían resumirse así:

a) por parte almohade:

—baja moral de combate.

—prolongada estancia en campaña y otros problemas internos.

—ejército insuficiente para explotar con un mínimo de garantías de éxito la táctica musulmana tradicional.

—plan de batalla demasiado conservador (en vista de las circunstancias anteriormente enumeradas).

b) por parte cristiana:

—alta moral de combate.

—excelente plan de batalla que incorporaba la experiencia de los cruzados, (y bizantinos), en el mismo tipo de lucha.

—excelente preparación del ejército, (tanto en el plano material como en el humano).

3) Alfonso VIII explotó suficientemente la victoria con la destrucción de Ubeda. Tácticamente su retirada fue oportuna.

35. *Ibid* p. 303.